

Manzaneque, que pudo animarle y acompañarle, paliaba sus idealismos con la guitarra, politiquéaba a su modo y no se dejó ninguna raíz en la escuela cuando le cortaron el cordón umbilical, pero D. Magdaleno fué médico puro, sin ninguna otra compensación más que el recuerdo y la cita continua de todo lo del Hospital.

Fuó una fatalidad que él no sintiera la vocación más honda o que allí no hubiera alguien que lo sujetara al decidir venirse o tirara de él una vez aquí, como les pasó a otros,—D. Laureano Olivares, D. Alejandro San Martín, etc.—y le hubieran hecho volver a comer el rancho del Hospital el tiempo que hubiera necesitado para completar su formación profesional y entonces se hubiera visto lo que aquel coraje y aquella soberbia hubieran dado de sí. Aquí se le fué toda la fuerza por la boca, peto a peto con las mujeres, que lo consideraban cosa suya, hasta para respirar soplaban y se contoneaba al andar, ahuecando las plumas como las «lluecas» y picando fuerte si alguien se acercaba a sus dominios.

Caducadas las rivalidades con las jubilaciones, se hermanó mucho con Manzaneque. Cosa natural, porque al médico no le puede entender nadie más que otro médico. Incluso en plena lucha, con los antagonismos más virulentos en vigor, se aprecia ese hecho con claridad.

Pero D. Manuel, al que consideraba de buen criterio pero cauteloso, le decepcionó encomendando a su barbero y no a él la comprobación de su muerte antes de enterrarlo. ¡Qué desengaño para un carácter como el suyo! Ninguna otra ocurrencia pudo tener que moles-

tara más a su colega, aunque al fin interviniera enfáticamente para comprobar los efectos de las manipulaciones de Antonio, pero en realidad reprochándole al amigo muerto sus pueriles precauciones y su resentido desdén.

D. Magdaleno le sobrevivió bastante y falleció luego de larga y muy penosa enfermedad, de las peores que acometen al hombre, dejando a su pueblo el ejemplo de una asistencia ininterrumpida y cabal, una posición social admirable, lograda con inquebrantable tesón por el hijo de un casillero, del que nadie se ocupó y un celo plausible, como de padre tutor, por los problemas de interés público local, cosas todas propias y consecuentes con el sentido del deber que le inculcó su padre desde niño.

Estas cualidades resultaban más acusadas en él por sus modos, pero no bastarían a singularizarle.

Lo que le caracteriza y sorprende es el contraste entre lo que hizo de muchacho y lo que dejó de hacer después, las circunstancias que pudieron darle esa increíble conformidad.

Y eso, que es lo lamentable, para él en primer término y para Alcázar después, es lo que nuestro pueblo necesita que se ofrezca como ejemplo, para que cuando posea esa centena de hombres destacados que siempre debe procurar, que no se detenga ninguno antes de tiempo, que completen su obra, llevando su actuación hasta las consecuencias últimas y no vivan, como D. Magdaleno, de la fama de su arranque, esto es, con el prestigio de lo que pudieron hacer y no hicieron equivocadamente y con merma del beneficio general.

SUCEDIDO

Alfonso Corredera y el tío Majo, estaban en casa de Mantilla, de caporal y mayoral, respectivamente, y los mandaron a llevar un pavo a los frailes, por la Pascua.

En el pretil, acordaron entrar uno solo para que les dieran propina más fácilmente y repartírsela después.

Pasó el Majo, salió el Superior y al verlo le dijo muy amablemente:

¡Vaya, hombre, vaya! ¡Mil gracias, mil gracias!

Al volver el Majo, Corredera lo miraba con ansiedad y el otro dijo:

—¡Mil, mil, mill!

—¿Mil qué?

—¡Mil gracias, mil gracias: Así que toma la mitad!